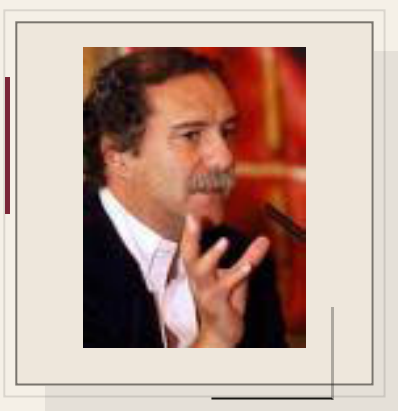


Cómo filmó Gaviria

13 octubre 2009



Guillermo Ovalle nos hace llegar de Colombia este segundo capítulo del libro: Sumas y restas. Así se filmó la película de Gaviria, de Pedro Claver Téllez.



Pedro Claver Téllez, natural de Jesús María, Santander, inició su vida periodística y literaria a mediados de los años sesenta del siglo XX. Ha publicado ocho libros, centenares de crónicas, reportajes y notas periodísticas en los principales medios escritos del país: Occidente, El Pueblo, Cromos, Cambio 16 y Dinners. Varios de sus cuentos iniciales fueron premiados en concursos nacionales, y ha sido profesor de literatura, periodismo e historia en varias universidades. Ha incursionado en todos los géneros literarios, incluido la novela, con varios trabajos inéditos en este género. En los últimos años, gracias a su amistad con Víctor Gaviria, se apasionó por el cine. Uno de sus guiones, La hora de los traidores, escrito junto con Gaviria, basado en una novela homónima, ganó el Premio Nacional de Cine en 2007, y el premio Ibermedia, en España, a finales del 2008. Es autor de Crónicas de la vida bandolera (Planeta, 1987), Biografía del disparate (Planeta 1988), Efraín González (Planeta, 1993), La guerra verde (Intermedio Editores, 1993), La hora

de los traidores (Panamericana, 1995; Hombre Nuevo Editores, 2002), El lado oscuro de las reinas (Intermedio Editores, 1998), Rebelde hasta morir (Hombre Nuevo Editores, 2002) y de siete libros inéditos de novela y crónica negra, géneros que Téllez ha cultivado en los últimos diez años.

Capítulo 2

LA PANDILLA DE GAVIRIA

Con el guión ganador en la mano, Gaviria convocó a su equipo de trabajo y con algunos de ellos formó una sociedad y una productora cinematográfica: La Ducha Fría, que, como veremos más adelante, se convirtió en *ducha caliente*. Se trata de un grupo muy limitado de amigos con los que Gaviria trabaja desde hace varios años. No solo los une la amistad, que es casi una hermandad, sino unos principios éticos y estéticos acerca de hacer cine. Hacen parte de la pandilla Hugo Restrepo, Carlos Henao y Guillermo López, quienes entraron a conformar la sociedad y a trabajar de tiempo completo durante toda la realización de la película. Marina Gutiérrez, Ricardo Duque, Rodrigo Lalinde, Carlos Zárate, Guillermo Arredondo, “El Chiqui” y Sandra Higuita, a quien apodan “La Piro”, trabajarían durante un tiempo limitado en sus respectivos quehaceres.

Hugo Restrepo es un ingeniero geólogo que extravió su profesión por los vericuetos del cine y la bohemia. Ha sido uno de

los más cercanos y perseverantes colaboradores de Gaviria. “Una especie de mecenas pobre”, como él mismo se califica, que siempre creyó en Gaviria y “patrocinó la realización de sus sueños cinematográficos”. Pese a su evidente timidez, que por momentos lo margina de la conversación, Hugo Restrepo es un buen contertulio, un ingenioso urdidor de juegos verbales, dueño de un corrosivo humor negro y de una gran capacidad de síntesis. Escribe con frecuencia, pero, salvo algunos cuentos o guiones, su producción nunca trasciende el círculo de amigos y es proclive a desaparecer a las pocas horas de haber nacido. Hugo no es un escritor disciplinado y sistemático, pero tiene súbitos arranques de inspiración que le permiten escribir una o dos cuartillas y en ellas condensa la idea que tenía en mente. Así lo hizo con *Sumas y restas*, película en la que es coguionista, junto con Gaviria.

A Hugo se debe, por ejemplo, el título de la película. Un día le pregunté de dónde había salido, cómo había surgido. Se quedó en silencio, como si la pregunta lo hubiera sorprendido. Parecía un niño al que su madre hubiera encontrado haciendo pilatunas. Entonces sonrió y me lanzó un reguero de frases sueltas, inconexas, pero cuyo significado profundo estaba latente en esa incoherencia. “La vida es una historia contable, en más de un sentido. Es una historia que se puede contar, que se puede narrar. Pero lo que uno cuenta es, por lo general, una suma y una resta de aciertos y de errores, de cosas buenas y malas. Uno gana y uno pierde. La vida es adición y sustracción. El secuestro, por ejemplo, es la sustracción total. Eso es lo que pasa con Santiago y con Gerardo, con todos los personajes de la historia. Los *traquetos* suman dinero, pero restan vida. *Addition and sustration*”.

Carlos Henao es prácticamente el polo opuesto de Hugo Restrepo. No elude la bohemia, en la que suele extraviarse de vez en cuando, pero es disciplinado, sistemático, estudioso. Es un cinéfilo apasionado y un agudo contrincante que defiende sus ideas y sus gustos con ardor. Ha sido durante años la mano derecha de Gaviria, en calidad de asistente de dirección, pero participa con igual empeño en todas las etapas de la producción cinematográfica. Practica la fotografía, dicta conferencias y da clases ocasionalmente. Posee una interesante colección de libros de cine y una selecta videoteca. Su trabajo se reduce a establecer unos canales de comunicación, a servir de puente entre el equipo técnico y las necesidades del director, es decir, a tratar de asistir al director en todas las necesidades que demande la película. En la etapa de preproducción, por ejemplo, su trabajo se limita al análisis y desglose del guión y del *casting*, es decir, a coordinar el trabajo de *casting* y selección de actores, a coordinar las visitas a las locaciones y el trabajo del director de arte.

Guillermo López, “Memo”, como lo llaman cariñosamente, es un hombre simpático y bonachón que se bandea con igual desparpajo en la administración y en la producción de campo. Integra una llave perfecta con Carlos Zárate, que es su más cercano colaborador. Zárate es también un valioso aliado de Gaviria; es el hombre que soluciona sus necesidades más inmediatas. Suele ocultar su sencillez y su frescura tras una máscara de arrogancia, que por momentos lo asemeja a un guardaespaldas, a un celoso guardián de los intereses y la seguridad de su patrón. No resistí la tentación de preguntarle a Gaviria qué opinaba de su equipo de trabajo, mejor dicho, de su pandilla, y él me respondió: “Yo creo que en Colombia hay dos formas de trabajar en el cine. Bien como profesional independiente que

presta ocasionalmente sus servicios o bien como integrante de un grupo que intenta hacer cine de acuerdo con unas propuestas éticas y estéticas. Yo he optado por la segunda opción, en donde se mezcla el conocimiento, pero también la inexperiencia. Amigos de mucho tiempo o gente que llega nueva y va acumulando una experiencia, pero que no la presenta como la experiencia de un profesional. Los profesionales en Colombia son personas que cobran de acuerdo con un taxímetro y siempre te están recordando que son profesionales, trabajadores del cine, y no parte de un grupo de trabajo que cree en unos proyectos, en unas propuestas cinematográficas. Yo he trabajado con gente profesional, pero que no se cree profesional, sino que trabaja con una gran informalidad. Y la informalidad se crea porque no tenemos plata. Entonces tienes que trabajar con gente que sea informal, con el deseo de compartir unos ideales, de hacer unas películas. Es, como quien dice, una especie de complicidad. Yo he trabajado siempre con mis amigos. Eso me ha dado a veces la posibilidad de controlar algunos momentos de la película, de manejar las películas con mucha subjetividad. Pero la verdad es que solo este amor entre nosotros y al cine es lo que ha hecho posible estas películas. De otra manera no se hubieran hecho con ese sacrificio de tiempo, de horas, de horarios. Un sacrificio desinteresado de mucha gente que no solamente está para ganar un sueldo, sino que a veces se entiende que tiene que trabajar ganando y a veces aportando su trabajo, su talento, en busca de unos ideales que no son solamente comerciales”.

— ¿Un equipo de cómplices?

— Sí, claro, un equipo de cómplices. Muchos de ellos permanecen todo el tiempo conmigo. Otros se van, porque les sale trabajo

en otras partes o porque se cansan de esperar una película que se demora tanto, como Juan Ceballos, con quien empecé a escribir el guión.

— Es un grupo muy activo, muy trabajador, ¿no?

— Estamos todo el tiempo investigando, ya que mis películas son producto de una búsqueda de múltiples puntos de vista. Me gusta siempre tener con quien discutir el guión. Son amigos o asistentes de guión. Pero el diálogo no es solo con los guionistas. Es también con el camarógrafo, con el director de arte, con los que hacen el *casting*, en fin, con toda la gente necesaria para hacer una película.

— Es un diálogo constante.

— Sí, la película es un diálogo constante. A veces en los créditos no aparecen todos los que participaron en el guión, por ejemplo, o los que sugirieron algo en la edición. Es un colectivo muy real. La realidad es un relato construido por todo el mundo, ¿no es cierto? Entonces el realismo se da en la medida en que reunamos todos los puntos de vista.

— ¿Y en el rodaje quiénes son sus cómplices?

— En el rodaje hay dos cómplices que aprecio enormemente: Rodrigo Lalinde y Ricardo Duque. Ricardo hizo la dirección de arte en *Rodrigo D. No futuro* y *La vendedora de rosas*. Y, por supuesto, en *Sumas y restas*. Nos entendemos muy bien. Ricardo es supremamente talentoso en todas las áreas. Es alguien con quien también hablamos del guión, y ocurre que él siempre tiene todas las experiencias vitales que le van asociadas. Tiene también una gran claridad conceptual. Además es actor, hizo teatro en el Teatro Experimental de Cali (TEC) durante mucho tiempo. Es también escenógrafo, escritor. Es de todo. Y Rodrigo Lalinde, el fotógrafo, es una persona que aporta mucho en las películas, de

una calidad y un nivel fotográfico alucinantes. Es un fotógrafo de resultados muy complejos. En su trabajo superpone capas de luz como si fuera un pintor, y sobre la luz va creando las sombras, el claroscuro. Es un cómplice total.



La Otra · Número 31

<https://www.laotrarevista.com/content/1314>